

EN ESTE LUNES DEL CALVARIO

Oh Padre Nuestro, Jesús del Calvario:

En estos días de tribulaciones, de confusión, de dolor e impotencia, sólo Tú has sido mi consuelo, mi esperanza; sólo Tú me has dado fuerza para seguir porque confío en ti. No me has abandonado y mis plegarias han sido acogidas en tu corazón con todo el amor que siempre reservas para tus hijos.

Hoy, Lunes Santo, Lunes de El Calvario, debías procesionar por las calles de Huelva con tu Divina Madre detrás; no podremos contemplar tu rostro ni tu paso acompasado, que tus costaleros marcan sintiéndose tan orgullosos porque sus hombros llevan la cruz más preciada; te llevan a ti, Padre Jesús de El Calvario y a tu madre María Santísima del Rocío y Esperanza.

Hasta tu nombre contiene el hilo que nos une a la vida, con ese hálito de fortaleza que las madres infunden a sus hijos, haciendo que se sientan seguros, abrigados y refugiados bajo su manto.

Si, hoy no os veremos en las calles, pero seguro que habéis entrado casa por casa, familia por familia, y nunca tan bien acogidos, habéis llevado el calor de vuestro consuelo para sobrellevar la tristeza que las circunstancias actuales han ocasionado.

Hoy, que tan dichosa me siento, me habéis concedido aquello que en mis continuas oraciones pedía y pedía. Pero seguimos necesitando tu consuelo, Cristo de El Calvario, para las personas que aún sufren por la enfermedad, la pérdida de sus seres queridos y los problemas surgidos de esta insólita situación. Confiamos en que Tú, María Santísima del Rocío y Esperanza, intercedas por todos nosotros y seas el bálsamo que nuestra alma necesita.

Por tu intercesión irán surgiendo las herramientas que pones en manos de investigadores, sanitarios y tantos otros profesionales que, incluso arriesgando su propia vida, no dudan en dar lo mejor de sí mismos para salvar a otros. Nunca las generaciones actuales hemos asistido a tal derroche de solidaridad, de creatividad, de desinterés; son innumerables los casos de generosidad que el ser humano en este momento ofrece a sus semejantes sin importar el color, la raza, la situación social o las creencias. Todos somos uno. Somos uno en Cristo, a veces un tanto olvidado, pero siempre ahí para cuando lo necesitamos.

No permitas, Señor, que pasado este terremoto actual nos separemos de ti, porque Tú eres quien está aflorando todo lo mejor que cada uno tenía escondido en su interior. Hemos podido descubrir que teníamos muchas más personas que nos apreciaban y nos querían, con

unos inmensos valores antes no descubiertos; que tenemos mil motivos para dar gracias a Dios por tantos dones recibidos: respirar, gozar de la naturaleza, sentir una caricia, besar a nuestros seres queridos, disfrutar de los amigos y abrir nuestro corazón al perdón, porque sólo así hallaremos la felicidad.

Doña **M**aría **F**ernanda **G**ómez **D**íaz

